

LA VOZ QUE NOS REÚNE

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

Tal vez convenga empezar por lo más evidente: nos reúne aquí, hoy, la poesía. Un hecho como este se me antoja especialmente significativo, en un momento en el que abundan las voces que anuncian con insistencia el final de la palabra poética; un momento en el que, cuando menos, la poesía —se dice— corre el riesgo de ser definitivamente devorada por el mercado. Una reunión como la que hoy celebramos es, me parece, un ejemplo inconfundible del error de semejantes pronósticos. No puedo ni debo ahora extenderme sobre estos puntos, pero no conviene pasarlos por alto. Ni la poesía agoniza en nuestro fin de siglo ni el mercado ha conseguido acallarla. En su libro *La otra voz*, Octavio Paz escribe: las artes y la literatura están hoy amenazadas por “un proceso económico sin rostro, sin alma y sin dirección. El mercado es circular, impersonal, imparcial e inflexible. Algunos dirán que, a su manera, es justo. Tal vez. Pero es ciego y sordo —añade Paz—, no ama a la literatura ni al riesgo, no sabe ni puede escoger. Su censura no es ideológica: no tiene ideas. Sabe de precios, no de valores”, concluye el poeta mexicano. Es imposible, ciertamente, negar estos hechos. Sin embargo, y como lo reconoce el propio Octavio Paz, asistimos una y otra vez a fenómenos que contradicen abiertamente esa amenaza. Todos los años se publican decenas de libros de poemas; no dejan de aparecer nuevas voces, poetas jóvenes en los que vuelve a empezar el misterio de la poesía (“ese único milagro —decía Baudelaire— para el que se nos ha concedido permiso”); y en torno a ella, como nosotros hoy, las gentes se reúnen. Quiero decir antes que nada que honra a una editorial como Círculo de Lectores la particular atención que viene prestando desde hace tiempo a la palabra de la poesía, a su profunda significación cultural. Hay que decirlo en voz alta, con reconocimiento y gratitud.

- Las siguientes páginas de Andrés Sánchez Robayna y Francisco Nieva fueron leídas en la presentación del primer tomo de la *Obra poética* de Octavio Paz, volumen XII de las Obras Completas, publicadas por el Círculo de Lectores de España.

En torno a un poeta y su obra nos congrega hoy, precisamente, el Círculo de Lectores. Es de sobra sabido que la obra de Octavio Paz ha adquirido resonancia mundial tanto por sus poemas como por su obra ensayística, pero muchos de los lectores que conocen *El laberinto de la soledad* o *El ogro filantrópico*, *Posdata* o *Tiempo nublado*, ignoran a menudo que estos libros han sido escritos por un poeta, es decir, por alguien que se considera a sí mismo, por encima de todo, un poeta. Tal vez lo primero que puede y debe decirse acerca de la obra de Octavio Paz es que ésta se inscribe en la tradición de los grandes líricos de Occidente que, desde el período medieval hasta hoy, han conjugado poesía y pensamiento, es decir, la creación y la reflexión, el “mito” y el “método”: Dante y Petrarca, Novalis y Coleridge, Leopardi y Baudelaire, Valéry y Eliot... En todos ellos, la poesía ha sido el eje que sustenta y da sentido a una vasta construcción intelectual en la que la reflexión crítica es siempre, sin embargo, inseparable del impulso poético. La obra de Octavio Paz consagra esa tradición, de la que es, sin duda alguna, uno de los más altos ejemplos en el interior de la modernidad.

Por razones obvias, tanto *Obra poética I*, volumen 11 de sus Obras Completas, como *Travesías: tres lecturas*, grabación de tres discos compactos en los que Paz lee sus poemas en una amplia selección realizada por él mismo, constituyen publicaciones de singular importancia. En la primera se hallará el texto definitivamente establecido de la obra poética de Paz hasta 1970, y en la segunda, en la propia voz del poeta, una selección de poemas cuyo valor no es sólo documental sino también —sobra tal vez decirlo— de carácter estrictamente literario. No es la primera vez que Paz selecciona sus poemas (antes lo había hecho en libros como *La centena* o *El fuego de cada día*), ni es la primera vez que lee sus versos para una grabación (existe un disco, hoy inencontrable, editado hace años en México). La grabación actual no es sólo considerablemente más extensa sino que también representa una apasionante autolectura en la que se entrecruzan los tiempos y los espacios. Octavio Paz no ha querido leer sus poemas según un

orden estrictamente cronológico, sino que ha preferido fijar tres ejes simultáneos, titulados "Mi casa, mi gente, mi tierra", "Decir: hacer" y "Eros", tres grandes "manchas temáticas", podríamos decir, en las que se juntan los poemas más antiguos con los más recientes. Desde los catorce segundos que dura la lectura del poema "Próximo lejano" —un *haiku* fresco y reticente como el árbol al que aluden sus tres versos—, hasta la media hora larga que lleva al poeta la lectura de "Piedra de sol", uno de los poemas centrales de su obra, asistimos aquí a una especie de *concerto*, como dice el mismo autor, en el que se entrecruzan los grandes temas y preocupaciones que recorren esta obra poética. Es revelador, sin duda el que Paz haya querido aglutinar sus poemas en torno a las tres grandes "manchas temáticas" aludidas. La primera es de carácter eminentemente autobiográfico; en la segunda domina la reflexión sobre la realidad y sobre los hombres, sobre —diríamos— "lo otro" y "los otros"; la tercera, titulada "Eros", está dedicada a la celebración del amor, una sección en la que encontramos incluso un fragmento del libro que Paz, en fechas todavía recientes, dedicó al amor y al erotismo y que lleva por título *La llama doble*. El que este tema acapare aquí la atención de Paz, hasta constituir todo un apartado de la antología, es un dato que habla bien a las claras no sólo de la importancia transcendental que para nuestro poeta tienen el amor y el erotismo en la vida del hombre sino también del destacado papel que Paz le reconoce a este tema en el interior de su obra poética. La sección "Eros" resume, se diría, todo el sentido de esta obra. "Eros es la vida", diríamos con Marcel Duchamp o, mejor dicho, con Rose Sélavy. La palabra Eros está inscrita en el centro de la cosmovisión paciana, en su núcleo más hondo. Es tal vez su marca o señal más distintiva, lo que singulariza a esta voz poética de un modo más profundo y, al mismo tiempo, más claro y transparente.

Cuando escuché por vez primera estos discos, conforme oía la voz del poeta en su inconfundible tono pausado y metálico, no pude menos que recordar una inquietante reflexión de la poeta rusa Marina Tsvietáieva contenida en una carta dirigida a su amigo Bioris Pasternak: "A propósito —le dice a éste, en un paréntesis—, para mí la palabra es la transmisión de la voz, y de ningún modo del pensamiento o de la intención". No deja de inquietarnos, en efecto, esta idea, pues nos recuerda no sólo el fundamento o la esencia radicalmente *oral* de la palabra de la poesía, sino también que ésta lleva inscritos el timbre y los matices de la voz de quien la dice, esto es, uno de los rasgos más personales e inconfundibles de nuestro ser.

Sería vano y pretencioso intentar aquí ni sique-

ra una descripción sumaria de las líneas fundamentales que vertebran la obra poética de Octavio Paz. Me he ocupado de esta obra en diferentes artículos y ensayos, y no cabe, en una reunión como la presente, un acercamiento crítico propiamente dicho. Todos los presentes, estoy seguro, conocen en mayor o menor medida una obra poética que se ha vuelto central en la lírica contemporánea, y no sólo la del dominio hispánico. Me gustaría hoy, en realidad, hablar de esta obra en los términos en que no puede, por lo general, hacerlo un ensayo crítico, es decir, en los términos de la experiencia estrictamente personal. Para un poeta de mi generación, la que empezó a publicar sus primeros libros en los años 70, la obra de Paz ha representado un punto de referencia insustituible en la visión ecuménica de la cultura y en la interpretación del papel del poeta en las sociedades contemporáneas. Mis primeras lecturas de la obra de Octavio Paz tuvieron lugar en la segunda mitad de los años 60. Aún recuerdo de manera muy viva la impresión que me causó la entrevista al poeta realizada por María Embeita en la revista *Ínsula*. Ocurría esto exactamente en el verano de 1968. Luego leí algunos poemas sueltos y, por fin, un libro, *Ladera este*, publicado en México al año siguiente. No es fácil dar idea de la huella que dejó en aquel adolescente una poesía en la que las ideas y las reflexiones parecían dotadas de una cautivadora y asombrosa carnalidad; y en la que, paralelamente, y a la inversa, el mundo físico adquiría una fascinante reverberación mental. Palabra y mundo dialogaban en aquella poesía con un frescor de fuente en la montaña y con una profundidad en la que se dejaban sentir las filosofías orientales, para mí muy remotas entonces y que desde ese momento despertaron en mí una curiosidad inagotable.

Cuando, en ese mismo año de 1969, se publicó en España la antología poética *La centena*, yo no tenía ya duda de que estaba ante un poeta muy diferente de los que había leído hasta entonces, ante una voz inconfundible en la que se conjugaban con una admirable singularidad la contemplación y la acción, la rebeldía y el impulso apasionado, la ironía y la elegía, el pensamiento y el canto. Me impresionaba ante todo, debo decirlo, la superior alianza de poesía y pensamiento que parecía operarse en el interior de esta obra, una inclinación de la palabra y del canto a lo meditativo, como ocurría en los grandes poetas de la tradición romántica. Pero en Paz estaban presentes, del mismo modo, la gran lírica simbolista y el surrealismo, el Barroco español y el *Modernism* de Eliot, así como la asimilación —insólita en el ámbito hispánico— de las tradiciones poéticas orientales. No existía en el ámbito de nuestra lengua una poética de tan hondo sincretismo, que desbordaba lo propiamente

poético para acercarse igualmente a la filosofía y a las artes, y con la misma intensidad.

En esa fecha, es decir, hacia 1970, en que yo me hacía estas reflexiones y en la que concluye la recopilación del volumen primero de esta *Obra poética*, la producción lírica de Paz había llegado a una fase de pura incandescencia. En esos momentos Paz escribe, en efecto, uno de sus libros mayores, *El mono gramático*. Desde entonces hasta el momento actual, esta obra ha descrito un arco evolutivo que muy pocas obras poéticas en español han conseguido dibujar. En una tradición, la hispánica de nuestro siglo, que no

puede decirse que carezca de nombres absolutamente mayores en la poesía, la obra de Paz ocupa un lugar de excepción, un espacio singular y único. El asombro del adolescente que yo era ante un libro como *Ladera este* no ha cesado. Mejor dicho, se ha transmutado en un reconocimiento crítico: la creencia de que estamos ante una de las voces mayores de la poesía en español de cualquier época. ¿No es eso lo que celebramos hoy con estas publicaciones de Octavio Paz que edita Círculo de Lectores? ¿No son ellas el mejor testimonio de la absoluta presencia, aquí y ahora, de la poesía? ◀

